

Pensamientos y dibujos. Best of blug

(Excerpt in Spanish)

Translated by: David Heredero Zorzo

Contact of the translator: davidherederozorzo@gmail.com

Un historietista que aúlla con los lobos

Hace un par de semanas, tomando un café con una vieja conocida, me enteré de algo que de primeras no podía creer. Vosotros tampoco lo vais a creer. Resulta que la Asociación para la Conservación de la Fauna Dinámica cada año



—... realiza un censo de los lobos eslovenos con ayuda de voluntarios que aúllan a la luna en el bosque y registran las respuestas.

—¿Qué?

—Sí, ¡Andrej y yo vamos fijo!

—¿Qué?

En serio. Ya lo sé. En cuanto lo oí, supe que eso había que verlo. Mi hijo, un gran lupófilo, también, pero tuvimos que decepcionarlo con que esperara algún año más.



—¡¡¡Aúúúúúúúúúúú!!!

—¡Taras, no! Eres demasiado pequeño todavía: ¡el censo es por la noche!

—Y, además, ¡los asustarías!

—¡¡¡Aúúúúúú!!!

Así que si queréis participar de este jolgorio, primero hay que ir a la Facultad de Biotecnología, donde un expertaco de la leche, que al parecer registra las bestias peludas por todo el mundo, desde osos hasta leopardos de las nieves, te explica un poquitín sobre los lobos.

Por ejemplo, que en Eslovenia actualmente vive un total de unas 9 manadas de aprox. 7 lobos cada una. Y que, a diferencia de esas multitudinarias manadas de bicharracos gigantescos que en las fábulas rusas acosan a viajeros solitarios por la nieve, aquí componen una manada simplemente una madre de un peso bastante ligero, un padre y sus crías de este y el año pasado.



—¿Tienen ustedes completamente claro que son una manada y no una familia normal?

—Pedro y el lobo. Colmillo blanco.

—El papá de Mogli, por ejemplo, no era el jefe: ¡Akela lo era!

—Y me parecéis un tanto pequeños...

—¿Puede morderle alguien?

—¡Maj! ¡Ni por asomo se te ocurra contestarle!

Cuando los vástagos crecen, los padres los echan raudos de casa y luego los pequeños deambulan por el mundo cada uno por su cuenta, hasta que encuentran un territorio libre, donde a continuación intentan escarbar una pareja y constituir una manada propia. Comprueba la ocupación del coto, cómo no, aullando: si nadie responde, significa que está libre, y una respuesta aullante, que está pillado.



—¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Estamos solos en Piúúúúúka o acompañados?

—Aúúúúúúúúúúú.

—¡Pírate, canijo! ¿No ves que está ocupado?

Después de la clase, los biólogos te enseñan también a aullar correctamente...



—¡¡¡Aúúúúúúúúúúú!!!

—Ajá, ajá. ¡Un poco más alto en el medio! ¡El descenso una pizca más corto al final! ¡Una introducción ligeeramente más larga!

—Por lo demás, genial.

... y luego empieza la cosa: tres noches consecutivas tienes que plantarte cada día, una hora antes de la puesta del sol, en el barrio a ti asignado y aullar en ubicaciones a la mayor altitud posible en cuatro cuadrantes del territorio conocido de la manada local.

Yo, por ejemplo, hice el tirolés en los alrededores de Ribnica e hice compañía la primera noche a un cazador local, quien, mientras íbamos a todo trapo pasando tejones, zorros y liebres por sendas forestales, me detallaba chascarrillos jolgóricos de monteros.



—... una vez encontraron el collar rajado de Tonka, que dirigía la manada de Vremščica.

—¡Y nos acusaron de caza furtiva!

—La manada casi se deshace, pero el jefe se encontró una nueva mujer.

—¡Fascinante!

—Luego la encontraron atropellada un año después y se disculparon.

En los primeros tres puntos solo escuchamos bizarras letanías que mi compañero de viaje me interpretó con destreza.

—¡Uiiifa! ¡Uiiifa!

—¡Uh! ¿Qué ha sido eso?

—Un lirón.

—Yip yip yoop.

—¿Y eso?

—¡Un zorro!

—¡Ua! What da fox say?

—A rulo. A rulo. A rulo.

—¡Uh! ¿Y eso qué?

—No sé, una comadreja a lo mejor.



Pero en el último recibimos de vuelta los aullidos de dos grandes y malvados de verdad de la buena.



—Aúúúú.

—Oh.

—Sublime.

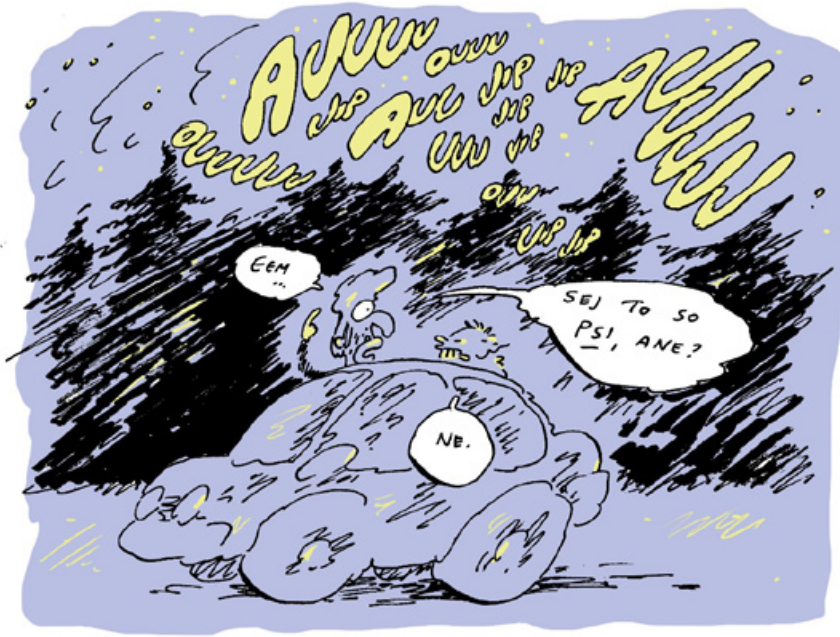
De postre me llevó el cazador también a su coto, donde conoce la localización exacta de una manada, pues esta tan solo un par de noches antes había dado matarile en las cercanías a 14 ovejas, llevándose 9 de ellas a la espesura.

—Aúúúú. Oúúúúú. Yip. Aúúúú. Oúúúúú. Yip. Aúúúú. Oúúúúú. Yip.

—Eeh...

—Eso son perros, ¿no?

—No.



Por este último desvío nos riñeron un poco, porque al parecer los biólogos ya sabían de esta manada y no les gustaba molestarles más.

En cualquier caso, al día siguiente fui a una expedición más, en esta ocasión con unos organizadores conocidos foráneos: una bióloga croata y una austriaca y su marido, quien la mitad del tiempo salva osos bailarines del cautiverio y la otra mitad dibuja ilustraciones científicas para zoológicos.

—¿Y los osos no echan nada de menos bailar?

—¡Jaja! Suenas igual que Ivan.

—¿?

—Un ruso que afirma que los animales viven mejor en cautiverio. Se comieron a una de sus bailarinas mientras tocaba la balalaica.

—Ajá...

—Sí, pero al parecer porque tenía untadas las piernas con aceite de oso.

—Entiendo.



Con este equipo también tuve suerte en la penúltima localización y hasta oímos aullar a crías, lo que luego significó que esos cuadrantes se cerraron y pudimos tomarnos libre el día siguiente.

—Yip. Yip. Aúúúúú. Yip.

—Sip, otra respuesta hemos pillado.

—Ajá. Con crías esta vez.

—¿La suerte del principiante? A lo mejor.

—¿Puedo ir mañana al cine como premio?



El graduado en Kongresni fue un poste maravilloso. Pero ya me suenan las tripas por aullar el próximo año.

¡Aúúúúúú (forte, forte, non troppo leggero)!

Programación infantil

Tengo que ser sincero: no soy fan de los dibujos actuales. Una de las movidas que más temía mientras esperaba a que la criatura saliera arrastrándose desde debajo del corazón era cómo iba a aguantar su alegría ante la programación de dibujos estupidizados de los días que corren.



—Mira, pequeñín: esto es un buen libro. Y esto, malo. ¿Te vas a acordar?

—Princesa Lalela. Donde viven los monstruos.

—Vale, vamos otra vez.

Los colegas me dicen que idealizo el entertainment de mi infancia. Pero veamos las diferencias entre las historias animadas más queridas de nuestra época y la actual, por ejemplo entre el enano Rákosníček y el maxiperro Fik y la cerdita Peppa y la locomotora Thomas. ¿Veis alguna diferencia más, aparte de que los primeros vengan del bloque del este y los otros, del occidental?

Ya os lo digo yo: Rákosníček y Fik eran dibujos de fantasía en los que sus protagonistas incumplían con picardía las leyes de la física y de los buenos modales, pero, al final, acababan terminando con un fondo de bonhomía general. Pero Peppa y Thomas viven en el mundo banal de los problemas cotidianos en el que al final aprenden cuestiones moralistas, útiles para una supervivencia conformista.

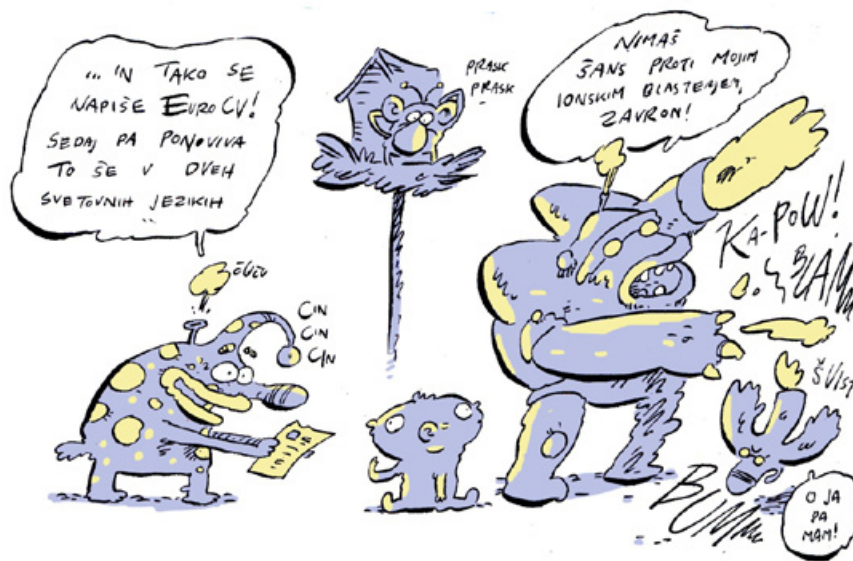


—Peppa y Frederick

—Ven, Peppa, te voy a enseñar que es eso de tirarse bolas.

—No, gracias. Mi madre ha dicho que solo puedo ir con ella al parque.

Lo sé, también existen dibujos imaginativos para chavalería más grande, que ya empieza a dictar por sí misma el tempo de su consumismo, los hay a mansalva. Pero parece como si se nos hubiera escapado a algún sitio ese espacio intermedio de confluencia entre la fantasía y la humanidad que representan Rákosníček y Fik. Como si solo existiera la completa adaptación a las normas sociales por un lado y la huida a un mundo sin cualquier tipo de norma por el otro.



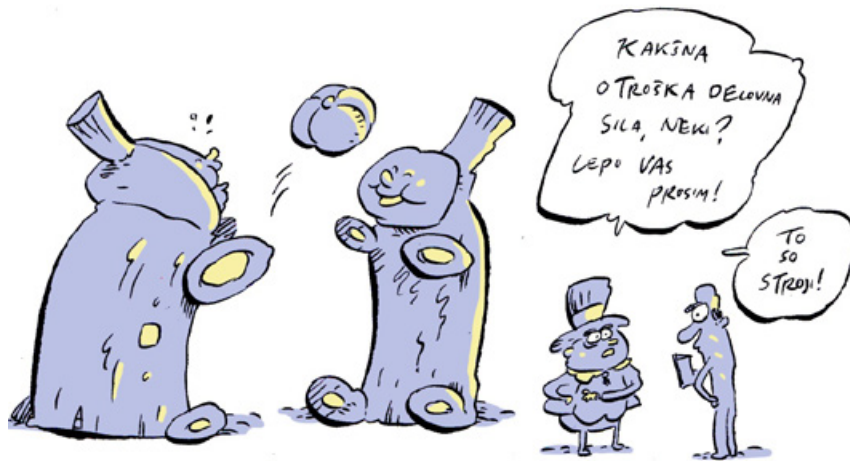
—... ¡y así se hace un Euro CV! Y ahora repitémoslo en dos lenguas internacionales.

—¡No tienes nada que hacer frente a mi bláster de iones, Saurón!

—¡Oh, sí, sí que puedo!

Suena como un diagnóstico de los tiempos de ahora también a nivel de los adultos, cuando nos repican la cantinela de que hay que ser realistas, aceptar las normas del mercado darwinista y no refugiarse en utopías soñadoras y, por otro lado, en este mismo mercado, a nosotros, hambrientos de imaginación, nos venden infantiloides mundos de hobbits y marvels variados por unos jugosos billetes. Quizás sea verdad.

Peppa Pig es, al menos para mí, simplemente aburrida, y Thomas, si le prestáis atención, realmente terrorífico. Atención a su premisa: en una isla aislada vive una cuadrilla de locomotoras que ya desde la base se comportan como niños, pero, al mismo tiempo, trabajan duro todo el día, bajo la nieve, la lluvia o el calor, para el jefe de los ferrocarriles, vestido con la equipación clásica de los capitalistas del siglo XIX: frac, sombrero de copa y una gruesa capa de sebo.



—¿Pero qué mano de obra infantil ni qué cuernos, por favor?

—¡Esto son máquinas!

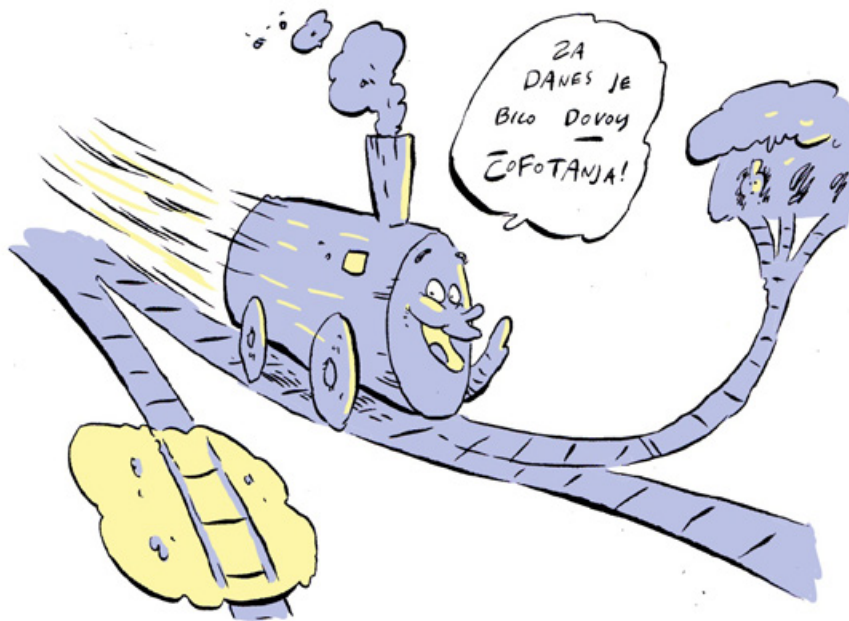
Los trenecitos, juguetones, cercenan en cada episodio el proceso de trabajo temporalmente y causan problemas al jefe, pero luego lo arreglan deprisa con horas extra y se marchan a dormir agradecidos a un garaje abierto que recuerda a esos orfanatos de Dickens, con sus estancias provistas de literas, y allí hablan entre susurros de las lecciones del día pasado.



—¡Ser fuerte es bueno solo si además también eres de provecho!

concluye Thomas después de que una insensata competición de fuerza con la grúa local causara daños en los dos aparatos.

En otro episodio el chaval mecánico descubre la alegría de salpicar a sus amigos al circular por los charcos. Todo va bien hasta que rocía unos vagones que llevan harina y fresas para la hora del té de la tarde de los patrones, y Thomas a duras penas logra calmar a los jefes entregando un nuevo paquete de bienes después de ir a todo trapo por toda la isla. Al final, después de un breve retraso, los gordinflones se sientan con los pastelitos y Thomasito vence la tentación de pasar por otro charco de camino al garaje, y eso a pesar de que no hay ningún otro tren en las cercanías y goza por fin de su albedrío después de un día de trabajo.



—¡Suficiente chapoteo ya ha habido hoy!

Vale, diréis, tremendamente bizarro y con un sospechoso tufo a aleccionamiento de trabajadores sumisos, pero que tu churumbel no pilla nada de eso todavía y solo ve Thomas porque le flipan todas esas máquinas humeantes y veloces que levantan cargas y silban. Sí, del todo, pero, primero, con el tiempo lo comprenderá todo y el truco está justo ahí, en que la lección se te meta en la cabeza antes de que te des cuenta de que es algo raro. Y, segundo, el canijo, con sus gritos de alegría ante los treneitos moralistas, me pone sin querer de los nervios justo porque sé qué subnormalidades balbucean sus ídolos.



—¡Rebelándonos al señor Whitermeyer solo nos perjudicamos a nosotros mismos!

—Mejor esforcémonos. ¡Seguro que lo aprecia y nos recompensa!

—Chu chu. Ding Ding. ¡Piii!

—¡Jiji!

—Trenes...

En resumen, en última instancia me parece importante sobre todo que tanto el chaval como yo no los pasemos guay cuando veamos cosas de niños. La programación infantil debe dar algo también al adulto que acompaña al churumbel, ya que si no, solo espera aburrido a que se acabe la movida, poniendo los ojos en blanco ante el gusto de su descendiente.

Unos dibujos que el progenitor también pueda aguantar me parecen importantes además por otra razón. Como en algunos momentos hay en ellos guiños a un público mayor, el chaval se dará cuenta de que su creador entiende un nivel de la historia no accesible para él. Y le quedará claro que todavía es pequeño, que aún tiene mucho que aprender; que su progenitor sabe más y que debe aspirar a trepar algún día él mismo hasta ese nivel.

Una programación ya rebajada totalmente a su nivel, envía al niño al menos el siguiente mensaje: tu canijo se basta y se sobra para un mundo estupidizado; para él hemos creado una

programación especial, un mobiliario especial y una lengua especial. No te tiene por qué correr prisa ir al mundo complejamente idiota de los adultos, ni siquiera dejarles disfrutar en los deleites suyos, como son morrearse, leer el periódico o cocinar, pues todo esto es en realidad un poco una chorrada: puedes arrastrarlos con flema en cualquier momento a tu maravilloso universo, que es claramente superior.



—Papi, ¡ven atí!

—No.

—Ven tú.

—Pana. Zuela. Uego. Orno.

Y si expando otra vez el quid a aguas aparentemente adultas, se trata de algo parecido al retraso de la programación de la tele en regiones no infantiles. Si los reality shows expulsan por todos lados a los programas más inteligentes y destinados a mejorar al público (si a la peña no paras de darle solo «lo que quiere» y lo que pueda entender con un esfuerzo mínimo), cualquier programa un pelín más intelectual y emocionalmente complejo le parecerá mucho más rápido no una ocasión para el crecimiento personal, sino un simple corte fatuo del cerrado y aburrido mundo de las «élites», que ya no tienen ninguna relación con el mundo real del trabajador apoltronado frente a la pantalla del reality show.